
PERSPECTIVAS DEL DESARROLLO ECONOMICO DE COLOMBIA

PONENCIA PRESENTADA EN EL
SEGUNDO ENCUENTRO
NACIONAL DE EXALUMNOS UPB.
Septiembre 12 de 1986

Por: Gabriel Poveda Ramos
Ing. Químico U. P. B.

INTRODUCCION

A partir de la Gran Crisis, en 1930, y a lo largo de este medio siglo, Colombia ha vivido profundos y amplios procesos de cambio que han transformado su vida más hondamente que

en cualquier otro período de su historia anterior. Quizá también más radicalmente que en cualquier otro período del porvenir, guardadas las proporciones.

De siete millones de almas en aquel año, la población colombiana ha llegado a cuadruplicarse. El producto bruto interno se ha multiplicado en diez veces. Las cuatro principales ciudades que entonces albergaban el 12 o/o de los colombianos, alojan hoy en sus grandes conurbaciones

mas del 30 o/o de nuestra población.

Hemos vivido en estos cinco decenios, procesos transformadores de tanto impacto como el desarrollo de una industria nacional: la formación de una amplia clase media; el crecimiento de un proletariado urbano, y la tecnificación general de todas las actividades. En el plano económico hemos pasado de ser un país pastoril, francamente atrasado, a estar hoy en camino de buscar la superación del subdesarrollo.

Pero estos avances afortunados no han marchado al compás de un progreso social comparable. Es cierto que hemos progresado sustancialmente en dar educación. Pero han crecido en forma alarmante problemas otrora casi desconocidos como los dilatados tugurios urbanos, el desempleo de millones, la delincuencia y las desigualdades económicas abismales. Mientras tanto, persiste la pobreza aguda de grandes masas campesinas, y el hambre y la desnutrición si-

guen siendo una rémora vergonzosa.

Hoy estamos a solo 14 años del final del siglo XX. Avanzamos rápidamente hacia el tercer milenio, luchando difícilmente por superar las grandes barreras que se oponen al desarrollo integral de la sociedad colombiana. El siglo XXI llegará al país de nuestros hijos y nietos en medio de condiciones que pueden ser indeseables o muy problemáticas, si no se hacen esfuerzos sustanciales para corregirlas desde ahora. En cambio, si avanzamos con previsión, con clarividencia y con decisión de superarnos, podríamos entregar a las generaciones siguientes una nación en pleno camino de desarrollo y una sociedad mas humana y mas vigorosa. Advierto en primer lugar que abrigo la esperanza de que la Providencia librará a toda la humanidad y a los colombianos de los tres grandes peligros de extinción que amenazan hoy al género humano, en un futuro próximo: el de la guerra nuclear, el del hambre mundial y el de la contaminación

planetaria. En este sentido tenemos que conservar la aspiración confiada de que la racionalidad de la especie se imponga a los mezquinos intereses, a la torpeza, a la ignorancia y a la injusticia que han creado a estas tres amenazas funestas.

Si el planeta sobrevive a estos riesgos, y si los colombianos nos empeñamos en ello, en el año 2000 nuestros compatriotas podrán vivir en muy aceptables condiciones económicas, formando una sociedad bastante integrada y con perspectivas de seguir avanzando. No se trata de una esperanza ilusa. Nó. Porque contamos con recursos naturales y humanos de gran riqueza que, si se administran y se aprovechan con mayor Inteligencia y eficacia, pueden permitirnos sustanciales aproximaciones hacia el país próspero, democrático, libre y culto que deseamos.

DONDE NOS ENCONTRAMOS?

Los avances del último medio si-

glo nos han traído a una posición que, usando un lenguaje familiar, y hablando de la comunidad de países del mundo, podríamos decir, que es la de un miembro reciente en la clase media—media de naciones. Los 28 millones de colombianos tenemos hoy un ingreso nacional promedio per cápita equivalente a unos US \$ 1100 por persona—año. Si bien estamos muy lejos de los US\$ 12.000 de países como Suecia, también estamos bastante adelante de los US\$ 200 de nuestra misérrima vecina Haití, por ejemplo. Nuestro Estado, a través de sus múltiples niveles e instituciones logra extraer recursos de la economía colombiana que le permiten gastar anualmente la suma —para nosotros formidable— de 2.5 millones de millones de pesos por año.

Gran parte de la agricultura adolece de rasgos de atraso y de pobreza parecidos a los de 1930. Pero en otra parte considerable hemos entrado a formas de producción agropecuaria propias de naciones adelantadas, que

se benefician plenamente de los adelantos de la "revolución verde". De todas maneras la inopia de grandes masas campesinas y la baja eficiencia en amplias zonas agrícolas y ganaderas, es uno de los lastres mas poderosos que frenan nuestro progreso económico y social. En parte esto explica que la agricultura y la ganadería hayan perdido participación en el PIB en los últimos 20 años, y que esa participación hoy sea solo del 22 o/o.

Afortunadamente, y a pesar de las políticas cambiantes de gobierno a gobierno, a lo largo de este siglo se ha logrado formar en Colombia una industria fabril y manufacturera de gran importancia para nuestro país. Pese a los obstáculos que la han afectado y a pesar de la reciente crisis severa que atravesó, la industria aporta hoy el 19 o/o al PIB; ocupa 560 mil personas; favorece el desarrollo agrícola, financiero y de otros sectores; y es el motor endógeno principal de la economía colombiana, desde las 15 ó 20 ciudades donde se asienta.

Uno de los aspectos que permiten ser optimistas sobre nuestro futuro económico es la rica dotación de recursos naturales que tiene Colombia. Disponemos de extensos litorales y mar territorial con recursos que ni siquiera conocemos bien. Cultivamos hoy solamente cuatro millones de hectáreas de tierra agrícola, pero podríamos dedicar más tierras a plantaciones y sembrados en lugar de desaprovecharlas en una ganadería extensiva que hoy ocupa 30 millones de hectáreas para sostener tan solo 23 millones de cabezas de ganado. Contamos además con riquísimos recursos hidrológicos, esparcidos sobre casi todo el territorio, y que nos dan un potencial de generación hidráulica de 100 millones de kilovatios o más, cuando hoy solo aprovechamos seis. Sin grandes dificultades técnicas podrían irrigarse dos o tres millones de hectáreas adicionales para aumentar la producción y para mejorar las condiciones de los campesinos mas atrasados. El territorio colombiano, sus bosques y sus aguas encierran gran-

des existencias de pesca, madera y reservas minerales. Tenemos cuantiosas existencias de carbón (20 mil millones de toneladas), sal, cobre, calizas, fosfatos, gas natural, petróleo, oro y minerales no metálicos. En recursos energéticos somos el país latinoamericano mejor dotado, para nuestro tamaño pequeño, y con los recursos más variados.

Pero, por otra parte, enfrentamos numerosas y difíciles barreras para progresar y mejorar la vida de los colombianos. En mi opinión la más grave y difícil de resolver es el Estado paquidémico, ineficiente y despilfarrador que ha llegado a configurarse. El dispone del producto interno bruto de toda nuestra economía para gastarlo dos o tres veces en el año, en forma imprevista y desordenada.

Su millón y medio de funcionarios interfieren (mas bien que intervienen en todas las actividades que se realizan en el país, todos los días, y constituyen más bien una fuerza disuasiva

ria y nó un apoyo o estímulo para la ciudadanía. Ese mecanismo, tan parecido al "Leviathan" de que hablara el filósofo inglés Hobbes, exige una reforma general y a fondo para convertirlo en un verdadero respaldo al desarrollo de la nación.

La tremenda desigualdad en la distribución del patrimonio y de los ingresos entre los distintos grupos sociales, no solamente es una justa causa de inconformidades y una rica fuente de perturbaciones sociales de hoy y del futuro, sino que configura un freno poderoso al desarrollo de nuestra economía. La curva estadística que describe la repartición de los ingresos presenta el desequilibrado perfil de la ley de Pareto, dejando amplios grupos de la población en un penoso y agravante estado de destitución y miseria, que afecta hoy casi a un tercio de los colombianos. Los que recuerden qué significa la curva de Lorenz de los ingresos y su coeficiente estadístico de Gini, se alarmarán de saber que este coeficiente está

cerca del 54 o/o en nuestro país, y que solo es superado por naciones famosas por sus inequidades sociales como Méjico, Nigeria, La India y Uganda. La desigualdad económica es una barrera especialmente seria para el desarrollo industrial. Por lo contrario, si ese problema lograra atenuarse con alguna prontitud, ello constituiría el mejor acicate a la producción nacional de manufacturas y alimentos. Hoy por hoy, los tremendos desequilibrios en la repartición del ingreso y de la propiedad constituyen una de las causas profundas, más arraigadas y más efectivas del crecimiento lento de nuestra economía y de los consiguientes índices elevadísimos de desempleo. La inequidad es pues no solo una grave injusticia sino una fuerte barrera económica a la expansión productiva. Por lo mismo, y recíprocamente, el adelanto de la justicia social sería un gran estímulo al crecimiento económico.

De los muchos factores que generan desigualdades profundas en nues-

tra sociedad el más grave es sin duda el atraso y la pobreza de grandes grupos de campesinos. El Banco Mundial denuncia que de los dos millones cortos de familias campesinas que permanecen en nuestros campos, mas de la tercera parte padecen el género de pobreza que esa misma entidad denomina como "la pobreza absoluta". Carecen de agua, de alimentos, de seguridad social, y de medios de producción. Aún así, a ellos les debemos buena parte de los alimentos que producimos, pero obviamente sus posibilidades de crecer como productores y como consumidores, serán casi nulas mientras no tengan tierras de su propiedad, aperos de labranza, financiación y canales de mercadeo, manejado todo por sus propias manos.

Aunque hagamos esfuerzos grandes por anumentar las exportaciones, nuestra capacidad de pago al exterior continuará siendo por muchos años un limitante mas o menos serio al crecimiento económico colombiano. Habrá momentos en que sea menos crí-

tico. Pero seguirá restringiendo la producción agrícola, mientras no seamos autosuficientes como productores de fertilizantes, tractores y productos agroquímicos. Gravitará también sobre sectores industriales que dependen fuertemente de materias primas y de maquinarias importadas, que no tenemos las condiciones para producir, como es el caso de muchos productos químicos, del cobre, el aluminio y demás metales no ferrosos, muchos equipos especiales, motores pesados y otros bienes.

Los tratadistas convencionales del subdesarrollo atribuyen la causa fundamental del mismo a la escasez de capital financiero para la inversión. En mi opinión, este ya no es el factor decisivo que frena el desarrollo colombiano, y con un poco de buena administración podría ser aún menos crítico. La partida del PIB que Colombia destina a su formación bruta de capital ha estado entre el 22 y el 24 o/o, y este es un nivel más bien satisfactorio al hablar de un país po-

bre. Una política sana, patriótica y selectiva permitiría además obtener recursos de inversión extranjera para financiar nuestro desarrollo industrial. El problema crucial del capital no es ya tanto la posibilidad de formarlo sino la capacidad para movilizarlo eficientemente. Así, por ejemplo, no tenemos un mercado bien organizado de capitales, porque desapareció en épocas no lejanas de ingrato recuerdo.

Al lado de estas barreras, Colombia cuenta con un conjunto potencialmente rico de factores productivos y de ventajas comparativas. En primer lugar está su gente, con todos sus atributos de tenacidad, inventiva y resistencia. La pirámide de edades contiene hoy una proporción bastante mayor que en el pasado, de colombianos en edad de trabajar y de producir. Históricamente nuestros compatriotas han demostrado inteligencia, laboriosidad y espíritu de empresa verdaderamente notables, que son los que, en gran medida, han construido el

país que hoy tenemos, a pesar de severas escaseces y dificultades sin cuento.

En segundo lugar tenemos tierras. Entre nuestros 114 millones de hectáreas, que todavía contienen 56 millones de hectáreas de bosques, prácticamente no hay tierras áridas, aparte de la Guajira y tres o cuatro regiones aisladas del Hulla, Boyacá y Santander. Tenemos cuatro millones y medio de hectáreas bajo cultivos, y con algunos esfuerzos de adecuación e irrigación, otro tanto o más podrían habilitarse para ese fin. Como es bien notorio, la Orinoquía y la Amazonía —es decir, casi medio país— todavía están prácticamente incultas y despobladas. Cuando la Investigación genética nos permita descubrir pastos, leguminosas y especies forestales aptas para crecer en sus suelos lateríticos saturados de aluminio, tendremos en esas vastas extensiones un potencial agrícola, ganadero y forestal que hoy ni soñamos.

La variada diversidad de regiones que constituyen a Colombia, y el plurecentrismo de sus ciudades, son sin duda otra valiosa ventaja de nuestra economía. Ello ofrece múltiples posibilidades al intercambio, a la especialización y a la complementación económica, es decir al desarrollo, en una palabra. Es satisfactorio advertir cómo en los últimos lustros han cobrado importancia geográfica y económica no menos de diez o doce ciudades intermedias que ya son centros activos para la agricultura, la industria y los transportes de sus territorios vecinos. Esta red podría convertirse, andando el tiempo, en una estructura balanceada de polos de desarrollo, que equilibren el poblamiento y la riqueza entre grupos humanos y entre regiones.

Nunca ha existido —a mi parecer— algo que pueda llamarse con propiedad un modelo de desarrollo económico para Colombia, entendido como un conjunto explícito, coherente y eficaz de concepciones y

normas que orienten la evolución de la economía y la sociedad. Mirando retrospectivamente lo que se ha hecho sobre nuestro país a lo largo del siglo XX, creo que solo en cuatro ocasiones nuestros gobernadores han tenido en la mente algo parecido a una concepción de esa naturaleza. La primera de ellas fue la que tuvo el eminente y denostado General Rafael Reyes. Pese a su estilo porfirista, es claro que él vió con lucidez las metas fundamentales que Colombia debería alcanzar en su época, y que puso resueltamente al país en marcha hacia las primeras etapas de su desarrollo. Otro visionarlo de nuestro porvenir, el General Pedro Nel Ospina inició la construcción de la infraestructura física para el país, y entendió con claridad la profunda importancia de industrializarnos. Diez años después, en 1936, Alfonso López, el Grande, profundizó el trabajo para darle una base material a nuestra economía, y emprendió el esfuerzo revolucionario para que las masas y los desprotegidos tuvieran una par-

te justa en los frutos de desarrollo.

Mas en nuestro tiempo, el Plan General de Desarrollo Económico y Social, 1961—1970, expedido por el gobierno de Lleras Camargo, fue claramente inspirado por una concepción global, coherente y nítida sobre los problemas básicos del país, sobre las metas para cumplir y sobre los instrumentos para lograrlas. El hecho de que la CEPAL (hoy tan vilipendiada y venida a menos) hubiera contribuído decisivamente a ese plan, no menguaba en absoluto su validez y su importancia, y así lo demostraron los notables resultados que se obtuvieron en aquellos dos o tres lustros.

Para enfrentar las tareas que nos esperan en este fin de siglo sería indiscutiblemente útil contar con un modelo explícito, vigoroso y universalmente respaldado para guiar el desarrollo de la producción y de la vida social. Las Universidades están llamadas a trabajar en ese sentido. No es esta la ocasión para elaborar ese mode-

lo. Pero sí creo del caso señalar cuatro grandes directrices que deben inspirar el esfuerzo de la comunidad colombiana para avanzar a mejores niveles. Esas directrices básicas serían las siguientes :

1. La redistribución efectiva del ingreso, de la tierra y de los medios de producción, para favorecer a quienes menos los tienen, mediante un trabajo concertado y firme entre el Estado, los grupos sociales intermedios y los particulares.
2. El crecimiento económico sostenido y sin sobresaltos, que debería puntualizarse en una tasa del 5 o/o ó 6 o/o anual para el aumento del PIB. Así, al entrar al siglo XXI habremos duplicado holgadamente nuestro producto bruto nacional y habremos elevado en más de un 60 o/o el ingreso per cápita.
3. La reducción pronta y definitiva del alarmante desempleo, a nive-

les de un moderado dígito porcentual sobre la población económicamente activa. Esto es imperativo para aprovechar el enorme potencial productivo que tiene la gente sin trabajo, y para corregir la angustiosa situación humana de dos o tres millones de compatriotas, que hoy deambulan en búsqueda de trabajo o en actividades marginales, improductivas o degradantes.

4. El avance profundo en la educación popular, con énfasis en la elevación del conocimiento tecnológico en todos los niveles, para prepararnos a asumir los grandes cambios que la tecnología contemporánea y del futuro próximo habrán de traernos.

UN VISTAZO AL FUTURO.

Querámoslo o nó el Estado ha llegado a tener el papel central, preponderante y decisivo en la conducción

de la vida de nuestra nación. No sé si la reforma constitucional de 1936, hace 50 años, buscaba así este fin. Pero si lo buscaba, seguramente el Constituyente pensaba en un Estado políticamente progresista, humanamente bien equipado y administrativamente eficiente. En contraste el que hoy tenemos es un Estado agigantado e ineficiente. A ello han contribuído todos los gobiernos del último medio siglo, sin excepción. El llamado sector privado, que tanto se queja del fenómeno, ha contribuído a él muchas veces y en muchas formas.

Así pues, sea como fuere, al visualizar los prospectos del desarrollo del país, lo primero que hay que encarar es el papel que en ellos habrá de cumplir el Estado y la muchedumbre de sus instituciones. La primera de tales funciones debería ser la planeación. Ella es absolutamente vital para mejorar la vida del país, tanto económica como socialmente. Es seguro que "la mano invisible" de Adam Smith,

o su equivalente de los economistas neoclásicos, constituido por "la libre acción de las fuerzas del mercado" no nos dará el adelanto económico general que requerimos, y por supuesto menos nos dará los grandes cambios hacia la justicia social que son imperiosos. Solamente el trabajo de toda la comunidad nacional hacia metas claras y compartidas, con esfuerzos especializados y concertados, en fechas de tiempo previamente convenidas, y guiado todo por un Estado vigoroso y eficiente, puede garantizar la expansión de las fuerzas productivas y lograr los cambios sociales (pacíficos pero profundos) que reclama nuestra sociedad para entrar al tercer milenio. En una palabra: solamente la planificación del desarrollo puede garantizar el avance sustantivo en ese camino. El presidente Lleras Restrepo lo vió claramente cuando hizo consagrar en la Reforma de 1968 como principio constitucional la planeación imperativa para el sector público e indicativa para el sector privado. Múltiples fuerzas retardatarias se han coaligado para paralizar esta fun-

clón, que está consagrada en el artículo 80 de nuestra Constitución, hoy como letra muerta. Mientras no tengamos planes y programas de desarrollo, acordados democráticamente y aplicados con disciplina, los esfuerzos por avanzar seguirán siendo muy costosos y de pobres resultados, así sean ellos muy intensos. La actual administración Barco tiene el compromiso político ineludible de poner en marcha, por fin, mecanismos auténticos de planeación, si espera enfrentarse con éxito a sus compromisos prioritarios, que son la abolición de la pobreza absoluta y la reanimación vigorosa de la economía.

Ante los problemas del atraso rural, la ampliación de la reforma agraria y la profundización del DRI siguen siendo necesidades impostergables. Objetivo prioritario en el mediano plazo debe ser la autosuficiencia alimentaria. Es absurdo que Colombia importe alimentos agrícolas (salvo quizá el trigo). En el año 2.000 deberemos haber duplicado las tierras.

sembradas, incluyendo en ellas nuevos distritos de irrigación y nuevas zonas de acondicionamiento de suelo.

Se trata también de mejorar notoriamente los rendimientos en toneladas por hectárea-año, para que podamos alimentar satisfactoriamente a 42 millones de bocas, sin tener que importar cereales, ni oleaginosas ni granos. Se trata también de que podamos llegar a exportar nuevos productos agropecuarios de gran escala donde tenemos capacidad potencial de hacerlo.

Alcanzar estos propósitos exigirá un crecimiento sostenido de la producción agropecuaria agregada del 4 o/o ó 5 o/o anual a precios constantes. A su vez esto exigirá más investigación, desarrollo tecnológico, irrigaciones, mejores semillas y mejor mercado. Hay que electrificar el campo; montar complejos agroindustriales; desarrollar un esquema financiero de sociedad anónima rural; y apoyar la formación de un estrato amplio de clase media rural.

Pero el verdadero sector "de punta" para el desarrollo futuro habrá de seguir siendo la industria fabril y manufacturera. En los próximos tres lustros debiéramos duplicar sobradamente su producción física para atender a la demanda interna acrecida y a una más cuantiosa corriente de exportaciones. El ritmo de expansión industrial tiene que superar al de otros sectores, para llegar en el año 2.000 a aportar del 25 al 30 o/o del producto bruto interno, que debe buscarse.

Todos los sectores industriales habrán de impulsarse. Pero especiales esfuerzos merecen cinco grandes grupos, a saber: los complejos agroindustriales; las manufacturas intensivas en mano de obra; la transformación de materias primas minerales y forestales; la construcción de maquinaria; y las industrias eléctricas y electrónicas. Tenemos materias primas y capacidad tecnológica para emprender nuevos renglones, relativamente sofisticados como la farmoquímica, la carboquímica, la construcción mecánica

pesada, y la electrónica. Pero no debe olvidarse dar todo apoyo a la pequeña y mediana industria, debido a los importantes beneficios económicos y sociales que ella reporta al país.

Para impulsar el futuro desarrollo industrial es necesario reestructurar y robustecer el sistema bancario y financiero, y crear mecanismos imaginativos y eficientes para formar nuevas empresas. En los 15 años venideros tendrán que invertirse en industrias, agroindustrias y minería unos cuatro billones de pesos, para crear en ellas 600 mil nuevos empleos directos y más de dos millones de empleos indirectos en otros sectores.

Las exportaciones manufactureras pueden y deben duplicarse y triplicarse en diez o quince años. Pero este propósito no será fácil de conseguir. Exigirá una estrategia de largo plazo, casi como para ganar una guerra. Tal estrategia no puede montarse sustantivamente sobre los subsi-

dios a la exportación, ni sobre la ruina del peso frente al dólar, sino sobre la verdadera competitividad de nuestros productos en los mercados internacionales. Habrá que concentrar todos los esfuerzos en tres o cuatro docenas de productos para darles todo el respaldo, para aumentar su producción y para venderlos en el exterior en gran escala y perdurablemente.

PRONOSTICO DEL AÑO 2000

Al comenzar el siglo XXI vivirán 42 ó 43 millones de colombianos en nuestro territorio. En ese entonces, ya solo 15 o/o habitarán en campos y aldeas. Bogotá y Medellín serán megalópolis con 8 millones y 3 millones de pobladores, respectivamente. Si avanzamos en lo social y en lo económico como debemos y como podemos, los colombianos tendrán un ingreso nacional casi doble del actual, repartido según una distribución más justa y más igualitaria, con un promedio quizá de US\$ 2.000 per

cápita. La frontera agrícola se habrá ampliado hasta 8 ó 9 millones de hectáreas bajo cultivo, pero las tierras ganaderas se habrán contraído a 20 millones de hectáreas, mucho más productivas que hoy, que deberán albergar de 35 a 38 millones de cabezas. Debemos autoabastecernos de cereales, tubérculos, oleaginosas, leguminosas y frutas. Tendríamos que ser también exportadores fuertes de algodón, banano y flores, como somos hoy, pero también de maíz, arroz, frutas y carne. En ese entonces el minifundio ya no debe existir, al menos como problema grave. Y el latifundio existirá solo como agroempresa organizada y tecnificada, que funcione como sociedad anónima rural. Deseablemente, las pequeñas y medianas fincas y granjas habrán mejorado sus procedimientos y recursos técnicos. Extensas regiones del país, hoy casi incultas (que se ven en la Costa Atlántica, Tolima y Huila, Magdalena Medio y Pié—de—Monte Llanero), deberán haber sido irrigadas y puestas en manos de cooperativas agrícolas, em-

presas asociativas agrarias y sociedades anónimas rurales.

La industria fabril deberá haber alcanzado un perfil y una composición más diversificada, con mayor equilibrio entre sus sectores, bastante más productivos, y fuertemente exportadora. En todas las ciudades donde hoy existe, el sector fabril será mucho más fuerte. Además, habrá alcanzado considerable importancia en regiones y ciudades como Ibagué, Urabá, Buenaventura, Magdalena Medio, Cartago y Cúcuta, donde hoy casi no aparece. Un millón de trabajadores en las fábricas, producirán todos los artículos de consumo final y los de consumo intermedio que demanden los 42 millones de colombianos, que tendrán mayor poder de compra que hoy. Podremos entonces fabricar y exportar una amplia gama de equipos y máquinas, mecánicas y eléctricas, incluyendo muchas de alta tecnología. Uno pudiera esperar que entonces fuéramos exportadores muy fuertes de textiles,

papel, manufacturas y confecciones, equipo eléctrico, material electrónico, derivados carboquímicos, resinas artificiales, equipo agrícola, productos agroindustriales, materiales plásticos, antibióticos, etc.

Este pronóstico —si se quiere optimista— sobre el porvenir, no será nada fácil de alcanzar. Por el contrario: será muy difícil. Pero es imprescindible y es posible lograrlo.

¿ QUE HACER ?

Repítamos una vez mas que lo primero, lo más urgente, lo más importante y también lo más difícil será remodelar todo el aparato del Estado para que cumpla las tareas vitales que le competen y las nuevas que habrá de asumir. Particularmente crítico es mejorar sus funciones fiscales y tributarlas. Pero exigirá también someter la multitud de Institutos y dependencias oficiales a programas nacionales estrictos y estables; así como elevar fuertemente la calidad pro-

fesional y ética del servicio público.

Cuanto antes debe iniciarse el trabajo intenso y serlo para replanificar la economía colombiana. No puede darse más aplazamientos a la aplicación del artículo 80 de la Constitución. Comprendamos que la libre competencia y el "laissez-faire" por sí solos no solamente no corregirán nuestras graves desigualdades sociales y humanas, sino que tampoco generarán el intenso crecimiento económico que es indispensable.

La segunda condición indispensable para mantener un ritmo suficiente de crecimiento económico es la de persistir en niveles de ahorro interno cercanos al 25 o/o del PIB. Así mismo, se debe robustecer todo el aparato financiero del país; reestructurar el mercado de capitales, y hacer más eficiente y más amplia la distribución de los recursos de crédito que genere el ahorro nacional.

El tercer proceso esencial para

mejorar la economía, para hacer justicia social y para asegurar la paz es adelantar la reforma agraria hasta dotar de tierras a todos los campesinos que quieran y puedan trabajarla productivamente. La ley 200/36, la ley 100/44, la ley 135/61, la ley 1a. del 68 y el proyecto que hoy se discute en el Congreso, son suficientes como instrumento legal para dotar con justicia a los campesinos pobres, de tierras y de medios productivos, si es que existe la voluntad política de hacerlo.

Exportar mayores cantidades y productos más valiosos es una exigencia urgente y crucial para garantizar la vital disponibilidad de divisas y para combatir el desempleo. No veo en las exportaciones a ultranza la panacea que algunos predicán, inspirados en el discutible modelo coreano, Pero concuerdo en apreciar la importancia crítica de duplicar o triplicar la cuantía de las exportaciones (sin contar el café y el carbón) durante el resto del siglo.

La redistribución del ingreso no ha de ser una meta remota para cumplir en algún día del futuro cuando seamos "suficientemente" ricos, como piden algunos. Esa es una necesidad de hoy. Debieramos haber empezado hace tiempo. Por eso sin dilación el gasto público se ha de encausar prioritariamente a dar servicios sociales, a construir viviendas y a financiar medios de producción para los grupos marginados. Sin este trabajo, ejecutado sostenidamente en el campo y en las ciudades, tampoco habrá paz social, ni estabilidad política, ni expansión económica acelerada.

Por último (aunque no por esto es menos importante) permítaseme señalar otra condición esencial para el desarrollo en el porvenir. Se trata del trabajo y del avance en ciencia y en tecnología, que poco aprecio ha merecido tradicionalmente a nuestros gobiernos. Es una actividad esencial

para elevar la productividad de todos los sectores: la pequeña agricultura, la nueva minería, las microempresas, la pequeña y mediana industria, las fábricas tecnificadas, el transporte, etc. Por consideraciones sobre el empleo, sobre la balanza de pagos y sobre el avance cultural, será necesario empeñarse en crear los medios técnicos para trabajar en las peculiares condiciones colombianas y, si es necesario, para ahondar en la investigación científica avanzada que sea necesaria.

Estas reflexiones no son meramente un ejercicio de futurismo voluntarista, aunque, desde luego, son considerablemente especulativas. Se presentan ante ustedes como una invitación a que quienes hemos recibido el privilegio de recibir educación superior en nuestra Universidad Bolivariana, y que por este motivo tenemos especiales responsabilidades, ayudemos a definir un proyecto inteligente, deseable y factible para el país que habitamos y donde habitarán nuestros hijos.



La Fábrica - 1.911

DANIEL VLADIMIR BARANOV - ROSSINE

Editorial U. P. B.